

Masculinidades en la juventud actual: cambios y continuidad

Luis R. Delgado J.

luisrdelgadoj1982@gmail.com

Profesor Agregado del Departamento de Ciencias Sociales de la FACE-UC. Licenciado en Educación, Mención Ciencias Sociales (UC); Magister en Historia de Venezuela (UC). Responsable del área de investigación de la Fundación Género con Clase y del CE-DEES. Venezuela

Resumen

Pese a ciertos cambios, lo que todavía prevalece en el seno de los jóvenes es una masculinidad hegemónica patriarcal y heterosexual, que reivindica un tipo de virilidad "bajo presión", una forma de ser hombre que requiere cierto grado de dureza y autodisciplina para enfrentar los retos de la vida. Sin embargo, la niñez y adolescencia de los varones abre la posibilidad de introducir ciertos cambios que planteen una transformación de las relaciones de género. Una socialización de tipo no sexista, pudiese permitir el cuestionamiento y reformulación de estereotipos y roles de género en función de un proceso de despatriarcalización.

PALABRAS CLAVE: masculinidad, juventud, género, patriarcado

Abstract

Despite certain changes and nuances, what still prevails within young people is a patriarchal and heterosexual hegemonic masculinity, which claims a type of virility "under pressure", a way of being a man that requires a certain degree of toughness and self-discipline to face the challenges of life. However, childhood and adolescence of men opens the possibility of introducing certain changes that pose a transformation of gender relations. A non-sexist type of socialization could allow the questioning and reformulation of stereotypes and gender roles based on a process of depatriarchalization.

KEYWORDS: masculinity, youth, gender, patriarchy.

Introducción

Cuando en términos generales la sociedad adulta visualiza a los adolescentes y jóvenes de la actualidad, percibe importantes cambios en las relaciones de género, en las identidades y las orientaciones sexuales. Si estos sectores adultos son además conservadores, esta caracterización raya en el escándalo, porque se percibe una profunda relajación de la moral sexual en las nuevas generaciones. Para el caso de las masculinidades juveniles, muchas de estas son percibidas como desviadas, afeminadas y poco definidas en un marco heteronormado.

Sin embargo, las investigaciones sociales realizadas en las últimas décadas indican que muchos de esos cambios en las relaciones de género o en la identidad masculina, antes descritos, son más bien superficiales y poco disruptivos. Los estudios de las masculinidades realizados desde una perspectiva de género y feminista en las últimas décadas coinciden en que pese a las apariencias, realmente la masculinidad hegemónica y tradicional es la que prevalece mayoritariamente en la socialización de los niños, adolescentes y jóvenes varones.

En este sentido, el presente ensayo pretende reflexionar sobre las identidades masculinas en la juventud actual, dando cuenta de los cambios y sobre todo de la continuidad que prevalece tanto en las relaciones sociales de género, como en la propia identidad de género de los adolescentes y jóvenes varones.

Para esta reflexión hemos hecho uso de investigaciones de campo que se han efectuado en algunos países latinoamericanos y en España, haciendo énfasis en algunos trabajos realizados desde Venezuela, para de esta forma brindar una mirada sintética sobre las masculinidades que hoy imperan en el seno de la juventud contemporánea.

Algunas precisiones conceptuales

Si bien son ciertos los preceptos, lineamientos y condicionamientos de género, han sido históricamente expresados de forma explícita e implícita por los disímiles sistemas mitológicos, religiosos, morales, filosóficos y éticos, que han caracterizado todas las sociedades humanas, en un marco cultural heteróclito, puesto que, los estudios científicos del sistema sexo-género, y en específico de las masculinidades son relativamente recientes, entre 40 y 50 años aproximadamente (Delgado J., 2018).

En este orden, cuando hablamos de masculinidad, básicamente nos referimos a la identidad y roles de género asignados socialmente a los varones, es decir, los comportamientos, actitudes y formas de ser, que han sido socializados y atribuidos en relación con su sexo biológico. Al respecto, Gilmore (1994) sintetiza esta definición de

masculinidad, como la forma socialmente aceptada de ser un varón adulto en una comunidad concreta. Por lo tanto, desde niños, los varones reciben una serie de prescripciones que le indican de qué forma deben actuar, cómo deben comportarse, qué pueden y qué no pueden hacer, todo esto en función de organizar patriarcal y androcéntricamente la sociedad; los hombres, lo masculino, tienen preeminencia sobre las mujeres, lo femenino (Delgado J., 2021). Por esta razón, de acuerdo con Marqués:

Ser varón en la sociedad patriarcal, es ser importante. Este atributo se presenta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es masculino. En su aspecto de discurso megalómano, el discurso patriarcal sobre el varón "se olvida" de que la importancia de ser varón solo se debe a que las mujeres son definidas como no importantes. (Marqués, 1997: 19)

Ahora bien, es menester señalar que una de las conclusiones fundamentales que han arrojado los estudios de género, es que la masculinidad al constituir la identidad de género asignada a los varones, implica una construcción histórica y simbólica, que se ha transformado en el devenir del tiempo, de acuerdo con los contextos sociales y culturales. La historiografía y la antropología muestran que las masculinidades fueron heterogéneas en los distintos tiempos y lugares donde se ha desarrollado la vida social humana. De más está decir, que la masculinidad venezolana de principios del siglo XX se ha transformado en relación con la masculinidad de estas primeras décadas del siglo XXI. Es por ello, que lo más pertinente es referirnos a masculinidades patriarcales, de patriarcados o sistemas patriarcales y no de una forma universal y única de patriarcado, ya que la hegemonía masculina ha revestido diversas formas y distintos matices.

En relación con lo anterior, Connell estableció en su obra fundamental, *Masculinidades* (2003), que:

La masculinidad hegemónica" no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género, posición que es siempre discutible. (Connell, 2003: 116)

Agregando más adelante, lo siguiente:

La masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico,

al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres. (Connell, 2003: 117)

Sin embargo, pese a estas variaciones y matices que ha tenido la masculinidad hegemónica patriarcal a lo largo de la historia, Gilmore (1994) destaca que en la mayoría de las sociedades hay tres requerimientos morales que cobran una gran relevancia a la hora de definir la “verdadera” virilidad propia de un varón que se precie de ser plenamente adulto. Este mandato imperativo propio de la división sexual del trabajo de carácter patriarcal establece que, para ser un hombre pleno en la mayoría de las sociedades, éste debe fecundar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares, es decir, un hombre “viril” es un hombre reproductor-protector-proveedor.

Vemos entonces, que para estudiar las masculinidades juveniles, hay que partir de una serie de consideraciones teóricas históricas y sociológicas: en primer lugar debe prestarse atención a lo “situacional”, es decir, los contextos sociales e históricos específicos; en segundo lugar, el enfoque “interseccional”, nos permite definir las masculinidades en relación a otras categorías sociales como la clase, la etnia, la orientación sexual, entre otras; y por último, la perspectiva de género y feminista, nos permite comprender críticamente la práctica social femenina y masculina (Llumipanta, 2018).

Lo anterior implica que las masculinidades juveniles son y han sido diversas, no es lo mismo un adolescente varón del siglo XIX que un adolescente del siglo XXI; no es lo mismo un joven urbano que un joven rural, o un joven urbano de un barrio obrero que un joven urbano de las clases medias, o un joven mestizo y racializado que un joven “blanco”. Pero aun así, la masculinidad hegemónica patriarcal plantea una serie de rasgos comunes y compartidos entre las distintas masculinidades juveniles, un ideal histórico-concreto de hombre viril adulto.

Masculinidades juveniles: cambios y continuidad

El debate social espontáneo sobre las masculinidades juveniles es una constante en la historia de las sociedades. Para los hombres adultos (y mujeres adultas también) de la mayoría de las comunidades humanas siempre ha sido tema de preocupación que los adolescentes y jóvenes varones se hagan lo suficientemente viriles para convertirse en unos hombres “hechos y derechos” que permitan la reproducción de la sociedad, su defensa y expansión.

Como plantea Gilmore, “la verdadera virilidad es diferente de la simple masculinidad anatómica... no es una condición natural que se produce espontáneamente por una

maduración biológica, sino un estado precario o artificial que los muchachos deben conquistar con mucha dificultad” (Gilmore, 1994: 22). El carácter problemático de la construcción de la masculinidad viril se encuentra extendido en un gran número de sociedades, desde cazadores y recolectores simples, hasta campesinos y ciudadanos modernos; los adolescentes varones tienen que atravesar un umbral crítico mediante pruebas y ritos iniciáticos, para convertirse en hombres.

Es por ello, que, en las sociedades contemporáneas desde el surgimiento de las contraculturas juveniles de los años 60 del siglo pasado (Britto García, 2011), de las denominadas tribus urbanas (Maffesoli, 2004), siempre ha existido la preocupación por la masculinidad de los adolescentes y jóvenes varones. El cabello largo, los zarcillos o piercing, el uso de maquillaje, los bailes, indumentaria, siempre han generado la sospecha en los adultos, de un proceso acelerado de feminización de los varones adolescentes y jóvenes. Más aún en los últimos 40 años, cuando se ha registrado un mayor empoderamiento social de las mujeres y una visibilización más significativa de la diversidad sexual, de masculinidades disidentes (Fuller, 2018), en un contexto social, donde los discursos feministas y queer, tienen cada vez más presencia en la industria cultural, los medios de comunicación y las redes sociales. No es casual que una de las puntas de lanza de la contraofensiva neoconservadora de las últimas décadas, sea la denominada lucha contra la “ideología de género” (Carosio, 2020).

| 133

Cada vez es más común el debate en espacios adolescentes y juveniles como liceos y universidades, sobre la identidad no binaria y de género fluido, lo cisgénero y transgénero, el surgimiento de nuevas prácticas sexuales, la experimentación bisexual, aun cuando esto se presenta más en ámbitos de las clases medias urbanas, en sectores populares urbanos también se observa en menor proporción.

Sin embargo, como veremos a continuación, estos cambios todavía siguen siendo minoritarios o poco significativos, muchos sólo llegan al ámbito discursivo, pero no están sedimentándose en nuevas prácticas sociales, por lo cual, no estamos seguros de que la afirmación de Coral Herrera (2019), sobre que, la masculinidad patriarcal atraviesa una profunda crisis, sea totalmente cierta.

Por ejemplo, Martínez Avidad y Pérez López (2020) en una investigación realizada con adolescentes españoles, establecen que aun cuando la igualdad de género está impulsando nuevos valores, no se observa en las nuevas generaciones cambios sustantivos en el modelo de masculinidad, ya que se registra una persistencia del rol masculino patriarcal. Aunque se cuestionen algunos rasgos “tóxicos” de la masculinidad, la representación social de la masculinidad hegemónica tradicional sigue prevaleciendo, el hombre al ser fuerte debe reprimir emociones (aunque las autoras afirman que este rasgo agobia a los muchachos), debe ser independiente y autosuficiente, debe

mostrar su valor asumiendo riesgos, hace uso de la violencia cuando la ocasión lo amerita, es heterosexual y activo sexualmente.

Sin embargo, a partir de algunos cambios sociales en las relaciones entre los sexos, las investigadoras perciben algunas variaciones destacables: los adolescentes españoles empiezan a reconocer que las mujeres pueden ser autónomas económicamente e incluso ser proveedoras, y retrocede en su imaginario social la idea de la superioridad masculina, aunque reconocen la presión social de no ser por ningún motivo inferiores a las mujeres (Martínez Avidad; Pérez López, 2020).

Para el caso peruano, que muestra un contexto un poco más conservador, Norma Fuller (2018), a través de una serie de entrevistas a jóvenes del medio urbano, constató que, para estos, una diferencia esencial entre hombres y mujeres es que los hombres son más fuertes, siendo por tanto la fuerza una cualidad masculina que puede ser desarrollada, en función de acumular mayor prestigio. Es la fuerza la que legitima la posición de superioridad de los hombres, tanto en la esfera doméstica como en la pública, ya que el hombre debe ser protector y autoridad, debe contar con mayor capacidad de trabajo, controlar los medios de violencia, siendo a su vez en todo momento competitivo.

134 |

De igual forma, en un estudio con hombres jóvenes mexicanos, García-Villanueva, Callejo García y López Segura (2010), constataron que a nivel de discurso los jóvenes reconocen la necesidad de la equidad de género con las mujeres, reconociendo incluso la incursión de mujeres a espacios laborales antes masculinizados, de la misma manera, en muchos casos entienden que es la educación diferencial la que promueve las distinciones de género, y además cuestionan la violencia física hacia las mujeres. No obstante, cuando reflexionaban sobre la vida en pareja, el modelo de masculinidad hegemónico, con sus estereotipos tradicionales de hombres y mujeres aparecía con toda claridad. Control, protección, proveeduría, fuerza, poder, heterosexualidad deben ser los rasgos de un hombre.

En otro estudio en México, donde se abordaron jóvenes varones en riesgo social, Castro Saucedo, García Cadena, Acevedo Alemán y Garza Sánchez (2018), determinan que en un contexto de pobreza y marginación, la hegemonía de una concepción de masculinidad tradicional, propicia la incursión al crimen y la delincuencia como opción válida donde el hombre joven que deserta de la escolaridad, puede cumplir con una serie de estereotipos masculinos patriarcales, como ejercer la dominación, el abuso de poder, el uso de la violencia, la independencia económica, y gozar de respeto. Una conclusión interesante de esta investigación es que, “el incremento en los años de estudio influye en establecer una masculinidad igualitaria juvenil...y a mayor existencia

de expresiones de masculinidad igualitaria, menor será la disposición a la delincuencia” (ídem, 2018: 83), esto implica que la escolarización pese a todas sus limitaciones promueve una mayor igualdad de género, rompe con estereotipos patriarcales, estableciendo relaciones sociales más inclusivas para las mujeres.

En este sentido, hace más de 20 años, Zubillaga y Briceño-León (2001), mostraron que, en Venezuela, específicamente en los barrios precarios caraqueños, los hombres jóvenes construyen una masculinidad centrada en el respeto (que en algunos casos no es otra cosa que temor), reproduciendo valores de la hombría tradicional, del individualismo moderno, y los valores de una sociedad de consumo, donde hay una identidad entre el ser y el tener (es imperativo portar ropa de marca, accesorios de oro, una moto de alta cilindrada, etc.). Estas tensiones difíciles de resolver para jóvenes en situación de exclusión, propicia en algunos casos la incorporación de estos a la actividad delictiva violenta, en un contexto donde hay presencia de redes de narcotráfico y crimen organizado, y por tanto, el acceso a las armas es relativamente fácil. En este escenario, la protección es una cuestión personal, y muchas veces las contradicciones deben resolverse por medio de enfrentamientos armados.

Por esta razón, como plantea Caraballo (2015), la figura del malandro es central en la construcción de las masculinidades populares venezolanas de los sectores urbanos. Los jóvenes del barrio tienen en el malandro un referente de masculinidad viril, aun cuando nunca lleguen a incorporarse a la actividad delictiva. Adolescentes y jóvenes por medio de prácticas alternativas de resistencia y legitimación como el deporte y las manifestaciones artísticas (arte y música urbana), se “ganan” el respeto, con identidades masculinas no violentas, y, sin embargo, conservan elementos estéticos y lenguajes propios de la cultura callejera malandra, por lo cual no se registra un cambio estructural sobre las relaciones de género imperantes.

Sin embargo, es importante señalar, que la persistencia de la masculinidad hegemónica y tradicional no se reproduce solamente en los sectores populares venezolanos, Bermúdez y Trías (2015), en una investigación con estudiantes varones de la UCV de diversos estratos sociales, demostraron que existe un continuum ideológico del modelo tradicional de masculinidad en dichos estratos, que se expresa mediante estereotipos patriarcales y la práctica de micromachismos tanto en los ámbitos familiares como en las relaciones de pareja.

Resulta evidente entonces, que, pese a ciertos cambios y matices, lo que todavía prevalece en el seno de los jóvenes es una masculinidad hegemónica, que en términos de Gilmore (1994), reivindica un tipo de virilidad “bajo presión”, una forma de ser hombre que requiere cierto grado de dureza y autodisciplina para enfrentar los retos la vida.

Por lo tanto, los varones por su fuerza física y su coraje deben estar prestos a realizar los trabajos “peligrosos”, deben estar preparados para la lucha en función de ratificar su identidad masculina. Como plantea Herrera (2019), los mandatos patriarcales obligan a los adolescentes y jóvenes a ser duros, fuertes, proveedores, protectores, a ser competitivos y exitosos, a reprimir sus emociones, a ser heterosexuales promiscuos, a demostrar su virilidad social y sexual de forma consecuyente.

Resulta interesante, que en los estudios de campo antes mencionados, un elemento que comparten es reconocer que más allá de los agentes de socialización fundamentales como la familia, la educación o los medios de comunicación, el espacio social fundamental donde los adolescentes varones construyen su hombría, adoptando la masculinidad hegemónica, es en el grupo de iguales, de compañeros, vecinos contemporáneos. Como reconoció en su momento Marqués:

La pandilla de varones interviene crucialmente en el periodo de la adolescencia en el que el muchacho, aunque ya informado durante la niñez de lo que es propio o impropio de un varón, se siente inseguro de su capacidad de convertirse en un auténtico varón, ya que tiene que romper con los hábitos de la niñez, no sólo porque ya no es un niño, sino porque todas las connotaciones de la niñez son oficialmente femeninas. El grupo de iguales, la pandilla, tendrá una importancia decisiva para él, precisamente porque su credibilidad es mayor que la de la familia y la escuela. (Marqués, 1997: 25)

136 |

A modo de conclusión

Compartimos la observación de Sinay (2006) realizada hace más de una década, que la masculinidad hegemónica tradicional, tóxica y machista, lejos de retroceder, se ha acentuado en diversos escenarios sociales, como los espacios políticos partidistas e institucionales, en el mundo de los negocios y la economía, en el deporte, entre otros. En muchos de estos espacios gracias a la presión del movimiento de mujeres y feminista, estas realidades se mimetizan en discursos progresistas e inclusivos, que no implican cambios estructurales, pero, sin embargo, plantean un nuevo contexto que redefine lo políticamente correcto.

Como hemos visto en las páginas anteriores, los adolescentes y jóvenes varones en términos generales siguen reproduciendo la masculinidad patriarcal tradicional. Es cierto que la conquista de la virilidad plantea un malestar intrínseco a muchos individuos, pero esto no constituye una crisis del modelo, ya que tanto la familia, como la escuela, la industria cultural, los medios, redes sociales y los grupos de pares, siguen reproduciendo socialmente el modelo masculino hegemónico patriarcal y

heterosexual. Aun cuando en la adolescencia y la juventud se pueden evidenciar expresiones contrahegemónicas respecto al modelo de masculinidad tradicional (cabello largo o teñido, los zarcillos o piercing, el uso de maquillaje, etc.), estas expresiones se disuelven cuando el joven se incorpora plenamente al mundo laboral y se hace adulto (Artiñano, 2015).

Ahora bien, pese a lo antes planteado, la niñez y adolescencia de los varones abre la posibilidad de introducir ciertos cambios que planteen una transformación de las relaciones de género. Una socialización de tipo no sexista, pudiese permitir el cuestionamiento y reformulación de estereotipos y roles de género tradicionales, legitimando otras formas de ser varón, que contribuye a la configuración de una sociedad más igualitaria y equitativa, donde hombres y mujeres participen activamente (Katzkowitz; La Buonora; Semblat; Pandolfi, 2017).

No hay que olvidar, que la masculinidad hegemónica al incorporar una estrategia aceptada consensualmente: “Cuando las condiciones que defienden el patriarcado cambian, las bases de la dominación de una masculinidad particular se erosionan” (Connell, 2003: 117). Siendo por lo tanto posible instituir lo que Boscán Leal (2008) denomina una nueva masculinidad positiva, por su carácter antisexista, antihomofóbico, antirracista y anticlasista, que deconstruye la división sexual del trabajo y promueve la paridad de género.

| 137

Referencias

- Artiñano, Néstor Aníbal (2015). *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza*. Buenos Aires: Espacio Editorial
- Bermúdez, Blanca; Trías, Lucila (2015). “Estereotipos contemporáneos de la masculinidad en estudiantes de la Universidad Central de Venezuela” En *Psicología Revista digital arbitrada*, Vol. 34, N° 2, Caracas: Universidad Central de Venezuela, p. 97-135.
- Boscán Leal, Antonio (2008). “Las nuevas masculinidades positivas” En *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Vol. 13, N° 41, Maracaibo: Universidad del Zulia, p. 93-106.
- Britto García, Luis (2011). *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.
- Caraballo, Pablo (2015). “El cuerpo malandro. Violencia e identidad masculina en el barrio” En *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, Vol. 24, N° 3, Maracaibo: Universidad del Zulia, p. 141-158.

- Carosio, Alba (2020). "Derechos y antiderechos sexuales en la polarización política venezolana". En Ailynn Torres Santana (Editora), *Derechos en riesgo en América Latina*, 11 estudios sobre grupos neoconservadores (p. 223-240). Quito: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Castro Saucedo, Laura Karina; García Cadena, Cirilo Humberto; Acevedo Alemán, Jesús; Garza Sánchez, Rosa Isabel (2018). "Masculinidad Juvenil, Elementos Socioculturales y Disposición a la Delincuencia de Jóvenes Mexicanos" En *Acta de Investigación Psicológica*, Vol. 8, N° 3, Ciudad de México: UNAM/Facultad de Psicología, p. 76-86.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. Ciudad de México: UNAM.
- Delgado J., Luis R. (2018). "Nuevas masculinidades alternativas". En *Mujer, Género con Clase*, (p. 129-134). Caracas: Fundación Género con Clase.
- Delgado J., Luis R. (2021). Influencias del cine mexicano entre 1936 y 1960 en la construcción de la masculinidad hegemónica en América Latina. Disponible en: <https://www.generoconclase.org.ve/2021/03/20/influencias-del-cine-mexicano-en-la-construccion-de-la-masculinidad-hegemonica-en-america-latina/> [2021, 26 de diciembre].
- Fuller, Norma (2018). "El cuerpo masculino como alegoría y como arena de disputa del orden social y de los géneros". En Norma Fuller (Editora), *Difícil ser hombre, Nuevas masculinidades latinoamericanas* (p. 23-45). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.
- García-Villanueva, Jorge; Callejo García, Jonathan; López Segura, Isaura (2010). "Una mirada a la construcción de la identidad masculina en hombres jóvenes de la Ciudad de México" En *Cuadernos Interculturales*, Vol. 8, N° 14, Viña del Mar: Universidad de Playa Ancha, p. 197-225.
- Gilmore, David D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Herrera, Coral (2019). *Hombres que ya no hacen sufrir por amor. Transformando las masculinidades*. Madrid: Catarata.
- Katzkowicz, Sharon; La Buonora, Lucía; Semblat, Florencia; Pandolfi, Jimena (2017). *Masculinidades jóvenes desde una perspectiva de género*. Montevideo: Ministerio de Desarrollo Social/ Instituto Nacional de la Juventud.
- Llumipanta, Eduardo (2018). "Los vínculos apasionados en la construcción masculina:

poder, sujeto y género”. En Gustavo Endara (Editor), *¿Qué hacemos con la(s) masculinidad(es)? Reflexiones antipatriarcales para pasar del privilegio al cuidado* (p. 171-187). Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS).

Maffesoli, Michel (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México D. F.: Siglo XXI Editores.

Marqués, Josep-Vicent (1997). “Varón y patriarcado”. En Teresa Valdés y José Olavarría (Editores), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (p. 17-30). Santiago de Chile: Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres N° 24.

Martínez Avidad, Mayra; Pérez López, Alba (2020). “¿Nuevas o viejas masculinidades? El rol masculino dominante entre los adolescentes españoles” En *Revista Española de Sociología (RES)*, Vol. 29, N° 3, Madrid: Federación Española de Sociología, p. 171-189.

Sinay, Sergio (2006). *La masculinidad tóxica. Un paradigma que enferma a la sociedad y amenaza a las personas*. Buenos Aires: Ediciones B.

Zubillaga, Verónica; Briceño-León, Roberto (2001). “Exclusión, masculinidad y respeto. Algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios” En *Nueva Sociedad*, N° 173, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert, p. 34-48.